

EL ESTILO DEL PUEBLO CUBANO

EN los y cuatro largos siglos de historia cubana, no se ha integrado un tipo humano que pueda tomarse como expresión somática del grupo. Se está larvando, por acción de la convivencia, ese arquetipo; pero todavía no da el tono de la sociedad, no presenta, como el inglés medio, un esquema anatómico que sea patrón común, dentro del cual se perfilen las variantes individuales.

La nación cubana es un mosaico étnico, con toda la gama de las matizaciones raciales, desde el color de ébano de los que conservan pura la sangre africana al lácteo de los descendientes de inmigrantes nórdicos. Pero de-

mundo, sino un optimismo dinámico, innovador, que, aguijado por el espíritu crítico, tiende a enmendar la realidad, a re-crearla. Fué ese optimismo la fuerza motriz que impelió: los cubanos de todos los colores, fundidos en la nación, a batirse, armados de machetes y de alguna que otra desvencijada escopeta, con el más grande ejército colonial que ha atravesado el Atlántico.

El punto flaco de la psicología cubana es que entusiasmo y crítica raras veces se equilibran. De ahí que la historia insular evolucione en alternaciones, entre estallidos de entusiasmo y crisis de fe. Ante las vallas interpuestas entre lo ideado y lo asequible, el desaliento sucede al optimismo, la crítica se hipertrofia y, sin el contrapeso del entusiasmo que aglutina, conduce a la atomización.

El levantamiento de 1868, que se extendió vertiginosamente por los recodos y valles orientales, brotó, como una rosa de pasión, del entusiasmo criollo. Oleadas humanas inundaron los caminos con el bullicio y la alegría, según cuenta Enrique Collazo, de una romería dominguera. Y cuando el heroico esfuerzo se frustra y la guerra desemboca en esa página triste, dramática, que es el pacto del Zanjón, se exagera el espíritu crítico y el núcleo separatista se atomiza.

Mas, como el Ave Fénix, la revolución renace de sus cenizas, rebrota el entusiasmo creador. En el período incierto que sigue a la deposición de las armas alza-

por RAUL LORENZO

trás de esas diversas pigmentaciones, con rasgos disímiles, hay un modo de ser, un repertorio de emociones y maneras de reaccionar, un estilo de vida peculiarmente cubano, que unifica al todo nacional y nos diferencia de cualquier otro grupo.

Los elementos esenciales de ese estilo de vida son, buen humor, agilidad mental, agudo sentido crítico y cierta rebeldía a ceñir la vida dentro de normas reguladoras. El área cerrada por esas líneas caracterológicas, forma el lecho sobre el cual se desliza, como el oleaje de un río, la variedad somática de la sociedad cubana; es el venero psíquico que imprime a todos los rostros,

das en La Demajagua, adviene Martí, en cuyo espíritu se refugia y resume el optimismo cubano, quien se da por entero a la difícil misión de juntar los dispersos, de avivar en los rescoldos que han quedado del incendio bélico, la llama del entusiasmo, para reemprender la cruzada por la República, que él, optimista, quiere que sea república de concordia, con todos y para el bien de todos.

Con el cese del dominio español, la historia cubana se mueve otra vez hacia la crisis y la disociación. La república ideal que concibe el optimismo martiano y aguarda, confiado, el pueblo, no se hace plástica. El nuevo orga-



cualesquiera que sean su color y rasgos, una movilidad similar, que opera sobre un eje cuyos dos polos son la risa, optimista y vital, y la mirada sagaz y un tanto burlesca.

Hay, por así decirlo, un esquema espiritual común, dentro del cual se expresan las variantes individuales. El mulato que rasca la guitarra, con un pañuelo de vivos colores anudado al cuello, a la puerta de un café, la muchacha universitaria, de andar donairoso, el joven obrero que se contonea al compás del son, el negro que tamborilea en el solar o mueve el fuerte brazo como en una danza para tumbar la caña, la guajirita, con un ramillete de flores prendido al cabello y la boca dibujando una sonrisa, el hombre de negocios, el profesional, todas las categorías sociales y todos los grupos étnicos, viven la vida con el mismo estilo, poniendo en ella, sea adversa o venturosa, el grano de sal del buen humor.

Ese estilo da el tono de lo criollo. Paralelamente al desarrollo subterráneo de los factores políticos, económicos y culturales que, actuando de consuno, minan el dominio metropolitano y esbozan a la nueva nacionalidad, van marcándose las fronteras psicológicas entre lo español y lo cubano. La alegría, cabrilleando en las pupilas criollas, anuncia a la nación que surge. La risa, que rebota lo mismo de labios del esclavo que del colono, hiende los aires del fétido barracón y de los perfumados salones de las sociedades filarmónicas, como un signo de la vitalidad criolla, que supera el dolor y la angustia de la servidumbre, en una espiral de optimismo, de fe en el futuro.

Por instinto, el pueblo cubano es reacto a la tristeza, lleva infusa en su espíritu la filosofía de la vida, busca, a veces con fruición morbosa, las aristas alegres de todo acaecimiento social

o político. El chiste es una clave de éxito, un cáustico utilizado por las facciones rivales. Observa Samuel Ramos que el pelado mexicano se esfuerza constantemente en probar su hombría. Del cubano puede decirse que le escuece el deseo de despuntar por gracioso, de hacer reír con una frase chispeante o un cuento de ingenio. Los individuos serios, graves, taciturnos, ropezan sus relaciones sociales con ese revoque de buen humor de que se halla revestido el carácter criollo.

Mas este buen humor, esta disposición al chiste, está contrapuesta por una emotividad que se abre fácilmente para acoger el dolor ajeno. Ante el forastero, el cubano tiene una reacción dual: hurga en su indumentaria, en su fisonomía y en sus gestos, con espíritu crítico, en busca de ángulos que den pábulo a la risa; y al par, muéstrase solícito, presto a ayudarlo y solidarizarse con sus penas y alegrías. Es, paradójicamente, burlón y hospitalario.

En esas dos expresiones antitéticas —chiste y emotividad, sentido crítico y efusión solidaria— se condensa la psicología cubana. El chiste es intelectual, individualizante, polémico, rebelde, mientras la emotividad es infrarracional, entusiasta, aglutinante. La poesía y la música alcanzan calidad estética cuando ambas expresiones psíquicas se equilibran, como en la habanera Tú, en que la gracia criolla se sublima en delicadas metáforas y la emoción se hace dulce melodía. Emotividad sin vigilancia crítica, degenera en sensiblería; y crítica sin base emocional, se convierte agente disociador, deletéreo.

De ese fondo de entusiasmo, se alza en el alma cubana, crepitante, la llama del optimismo. No el optimismo del doctor Pangloss, conformista, conservador, en actitud exegetica frente al



nismo, engendrado en las entrañas de la colonia y nacido con ayuda de los forceps de la intervención extranjera, anda a tra-spiés, llagado por pústulas atávicas y presionado por intereses foráneos. Y estalla la crisis de fe, cunde el desánimo y asoman complejos de subestimación; se llega a la hipérbole crítica, sin avizorar que, entre tumbos, se avanza, y que el destino nacional es gris si se le compara con el paradigma martiano, mas no si se le contempla con lente histórico, si se le parangona con los estadios de juventud de otros pueblos.

Se resiente la psicología cubana de lasitud en sus elementos constitutivos. No hallándose éstos lo bastante entabados, aislanse a menudo, originando esa propensión del estilo cubano a lo exagerado, a las posiciones extremas. Contra tal propensión tenemos que estar en guardia, para huir, en la creación artística, de la sensiblería, y en política, del optimismo irreflexivo y la hipérbole crítica.

Situado en una posición intermedia, de equilibrio, el espíritu cubano ha engendrado empresas como la invasión, en que el optimismo, conducido por el lazarillo de la crítica, se encauza con coraje y cautela; o como la preparación del alzamiento de 1895, que Martí lleva a cabo en forma orgánica planificada. Con una filosofía así, critico-optimista, en la que se refundan y enmienden nuestros componentes psicológicos, el estilo cubano se hará más mesurado, sin perder su colorido ni su riqueza emocional, y la vida rública se desenvolverá con este principio por guía: la república martiana no está lograda, pero a ella podemos y debemos llegar, y hemos de verla como estrella polar de nuestro destino, no como motivo de lamento que pliega las alas de la nación.

Me, junio 28/46



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA